

Pero en esta carrera fabuladora, el narrador, bien por boca propia o por la boca de Luisardo, levantará acta de la mortal realidad cotidiana de los inmigrantes que cruzan en patera el Estrecho de Gibraltar. Es aquí donde Glez, sin descuidar la tensión estilística de la prosa ni moralizar, nos arroja a la cara la falacia y burla del estado del bienestar, las cloacas de la opulenta Europa: «luna tras luna, mientras unos van naciendo y otros desnaciendo, con el esfuerzo de todos hemos ido alcanzando las más altas cotas de miseria y de infecciones en el alma que hayamos soñado nunca. Podemos estar contentos». No sé si podemos estar contentos o no, pero hay que darle la razón a Glez cuando escribe entre nihilista y utópico: «El dinero siempre tiene la última palabra en cualquier lugar del mundo. Cosas de la globalización».

Como vemos, su crítica a la sociedad se amplía para desembarcar en una refutación del destino (los dioses juguetones y malvados que maltratan a los humanos con sus golpes de azar) que se transmite mediante un dolorido sarcasmo cada vez que mienta la mitología. Pero tampoco se detiene el autor aquí. Su crítica de los mitos y de la sociedad de ahora mismo se complementa con el desprecio por la historia tal como nos la han contado «los bienpensantes y los biencomidos» representantes de la cultura oficial, a la que Glez opone «la otra

cultura», la del pueblo llano entregado a la rutina del vivir que decide libremente qué hechos merecen halagar su novedad para convertirse en tradición.

Ribetes de malditismo aparte, *Cuando la noche obliga* es una novela tan sólida como poco edificante. Quizá porque nos muestra con rotunda verdad literaria (que es lo que, al fin y al cabo, cuenta) las grietas de una sociedad cada vez más superficialmente aséptica y encantada de conocerse. Como el Félix Romeo de *Discothèque*, Montero Glez ha puesto el foco de su prosa sobre aquellas noticias del *Telediario* que tanto nos acongojan... por un instante. Y es que quizá el sitio de las novelas, el sitio al que nos empujan hacia la secta, sea los límites de todo, más allá de la certeza y de la autocomplacencia, de la opulencia y de lo empírico. Esta última reflexión se la tomo prestada a Manuel Rivas, que la escribió, aunque en otro sentido, en el prólogo a *El secreto de la tierra*, otro que, como Glez, sabe de las miserias de los más y demás chapapotes. Que la literatura no va a cambiar el mundo, es claro, pero sí que puede cambiar el rumbo de unas cuantas vidas para que piensen que las cosas pueden ser de otra manera. Para que luego digan los de siempre que la literatura no tiene utilidad.

Marcos Maurel

El cruel espejo de Broch

El psicoanálisis practicado por un lego y cuyo paciente es él mismo, merece de la academia respectiva el adjetivo de salvaje o silvestre (*wild*). Es más o menos lo que hizo el padre de la criatura, Sigmund Freud, y no le fue nada mal. Hermann Broch cumple similar tarea y tampoco fracasa en la empresa¹. Es puntilloso, inteligente y, como todo acto de minuciosa inteligencia, cruel. Se trata de unos textos redactados entre 1941 y 1943, en el exilio norteamericano. Está en la cuarentena, ha escrito sus novelas decisivas (la trilogía *Los sonámbulos*, *La muerte de Virgilio*), se halla inmerso en la guerra mundial que decidirá el futuro de las democracias y las dictaduras. Uno de los dos grandes sistemas dictatoriales del momento, el nazi o el soviético, habrá de sobrevivir. El nudo crítico no puede ser más complejo y ha llegado la hora del análisis. La tarea apunta a un doble objetivo: el alma y el mundo, por decirlo románticamente, en un

¹ *Hermann Broch: Autobiografía psíquica*, edición de Paul Michael Lützeler, traducción de Miguel Sáenz, Losada, Madrid, 2003, 221 pp.

vocabulario que a Broch no le queda impropio.

El narrador Broch demostró su talento de psicólogo. Acaso sus ficciones eran borradores de una introspección o ésta resulta ser el resumen de sus viajes por las almas ajenas que acaban por revelarse como propias en la construcción de un imaginario personal. Desde luego, todo empieza con la madre, que decide amar a su marido y al otro hijo y adjudicar estas identidades a ambos varones de la familia, dejando a Hermann en el rincón del vástago no querido. Ya de niño, el despreciado desarrolla fantasías suicidas y de ellas lo rescata la construcción de un platónico y pensante, desprovisto de cuerpo y, por lo mismo, inmortal. De algún modo, su trabajo de escritor será la defensa omnipotente ante la muerte decretada por su familia, por el par de criminales (sic) que son padre y hermano, aparte de la gran figura siniestra de la madre, a la que odia- rá con esmero y de la cual se vengará con detalle. La historia de la literatura tiene otro ejemplo ilustre de esta filialidad dolida y rencorosa: Balzac, nada menos.

El cuadro es dramático, pero Broch se las arregla para convertirlo en una situación edípica ejemplarmente resuelta, si es que tal cosa existe. Convertirá su yo en un monumento literario y se declarará egocéntrico, o sea centro de un mundo construido al margen de la

espantosa herencia familiar. Por otra parte, recogerá una de las grandes lecciones del psicoanálisis, de sus lecturas freudianas y sus frecuentaciones de Federn y Adler: no hay subjetividad sin neurosis y tampoco, en consecuencia, hay cultura sin malestar. En efecto, la neurosis, bien investigada, aporta el descubrimiento de importantes elementos de la vida y, en el caso del escritor, de los mejores ingredientes para su cocina literaria. Más claro lo dice el propio Broch: «Cada uno se aferra a sus neurosis. Cada uno tiene miedo a perder sus neurosis. Y a los cincuenta y cinco años, uno se ha acomodado ya a sus neurosis».

La consecuencia mayor de estas premisas, en los textos aquí reunidos, es un inventario preciso y recortado de perfiles personales, un espejo que fuera, a la vez, un archivo de rasgos del alma. Broch rechaza cualquier oferta de felicidad como inmoral y acepta toda desdicha como ejercicio de la virtud (no olvidemos la raíz de la palabra: *vir*, varón); se siente indefenso, indeciso y aplaza cualquier compromiso; se ve derrotado por la familia pero se hace cargo de toda ella hasta el día de hoy, cuando sus parientes no existen fuera de su nombre de liderato; asume la profesión del padre y luego la abandona, situándose en el lugar del impostor y haciendo de la impostura una ética del escritor, el hombre que no está nunca en ninguna parte, que se propone siempre

como disponible; somatiza con facilidad, desarrolla malestares crónicos y se aquerencia en ellos; el sexo contribuye a la amnesia, borra al sujeto y con él, su historia; es compulsivo como forma de salir de la indecisión, pero sus expectativas son normalmente de fracaso.

Desde luego, su relación con las mujeres («... todo ser humano y toda mujer...» desliza en alguna parte) ocupa un espacio privilegiado en el autoanálisis. Broch, como casi todos los varones, es deudor de las mujeres y, más aún, de la Mujer. La deuda por la vida, por la dación materna de la vida, puede traducirse en algo simbólico: la culpa. Si se acentúa por la tarea de la encantadora familia Broch, el énfasis está servido. Así es como nuestro analizado fue buscando, toda su vida, a una mujer de suficiente grandeza como para compensar el peso mortífero, que por paradoja, le había administrado su dadora de vida. Una mujer que lo salvara pero ¿de qué? Acaso, la Filosofía hecha mujer, la salvadora del mundo por medio de la idea y de la palabra. Es lo que él mismo denomina la mujer verdadera, digna de la monogamia estricta o de alternativas como el matrimonio blanco o el triángulo (Broch habla de anfitriónismo, recordando al personaje mitológico que compartió su esposa con un dios). No, en cualquier caso, la rampóna infidelidad, dejar a una mujer por otra.

Ante tales sombras agigantadas, Broch se compulsa a demostrar un exceso de virilidad, justamente porque su fantasía es la impotencia, el estar siempre en el lugar del despreciado y por debajo de lo exigible. Quien exige es una pareja que, obviamente, no se parece a su madre pero que ha de responder a un inexistente modelo de mujer querible. Torturado por los celos, en especial por los retrospectivos, sueña con ceder su mujer a otro hombre, descargarse de ella, huir.

Con todo, según la moral de la desdicha, el desamor le resulta productivo, en especial ante la evidente improductividad del amor. Productivo porque señala una pérdida y, en consecuencia, una falta, algo que ha de colmarse y que incita a producir. Es, de algún modo, como el exilio: un despojo forzoso que acaba en enriquecimiento.

Las mujeres que han atraído a Broch lo remiten a su infancia: o son altaneras, de elevada posición social, cultas y despectivas como su madre, o iletradas, protectoras y cariñosas como las ayas y las criadas de sus primeros años. El ideal no aparece porque si lo hace, se encuentra con una mujer intelectual, racionalista, eróticamente nula y tendiente a una frigidez que propicia la temida impotencia. Más que elegir mujeres, según manda el tópico de la actitud masculina, Broch es elegido por las mujeres, como si ellas fueran el elemento

viril del juego. Latente y sin desarrollar, acecha la homosexualidad: ser la segunda mujer en el triángulo anfitriónico. No se dice en el texto, pero su biógrafo Lützeler lo ha averiguado: el padre de Broch tuvo una vida homosexual conocida por los hijos. Por cuanto se ha dicho al comienzo, tampoco el ejemplo paterno era deseable, aparte de la dificultad social de asumir unas costumbres sexuales heterodoxas cuando no delictivas.

En otro registro, el político y sociológico, Broch echa mano, también, de aportes psicoanalíticos. Su tiempo es de auge dictatorial y él entiende que el predicamento de los dictadores proviene de que proveen a las masas del sentimiento de seguridad que las democracias son incapaces de dispensar. La masa actúa a partir del terror, desde la más honda irracionalidad, y las propuestas racionales de la democracia son impotentes para atender a tan oscuros reclamos. Hay, además, un elemento místico en la historia: la salvación. El dictador se produce como redentor, lo que nunca se da entre los dirigentes democráticos, aptos, precisamente, para ser fusilados por un pelotón de redentores nazis o bolcheviques.

No obstante la reflexión anterior, Broch opta por los posibles ejecutados, por la tercera vía que se sitúa más allá de las posiciones dictatoriales de la Europa continental. Dicha tercera vía es la americana, la